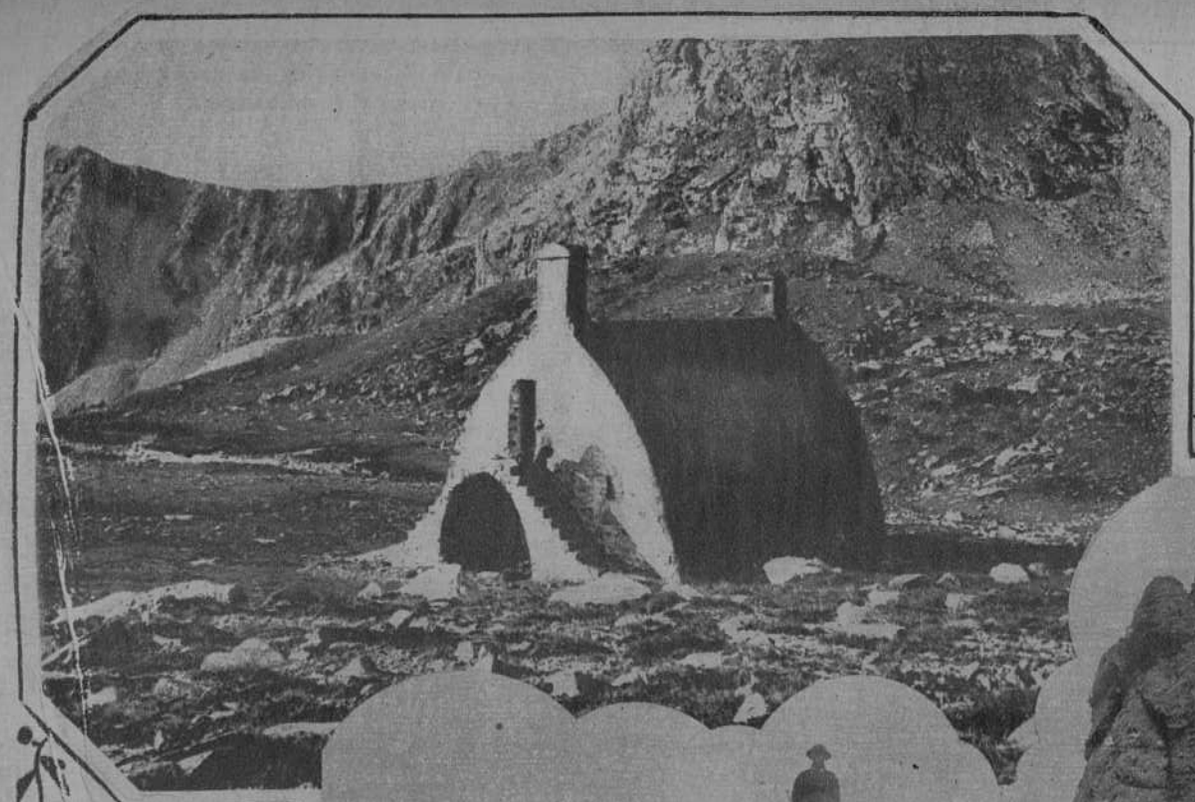
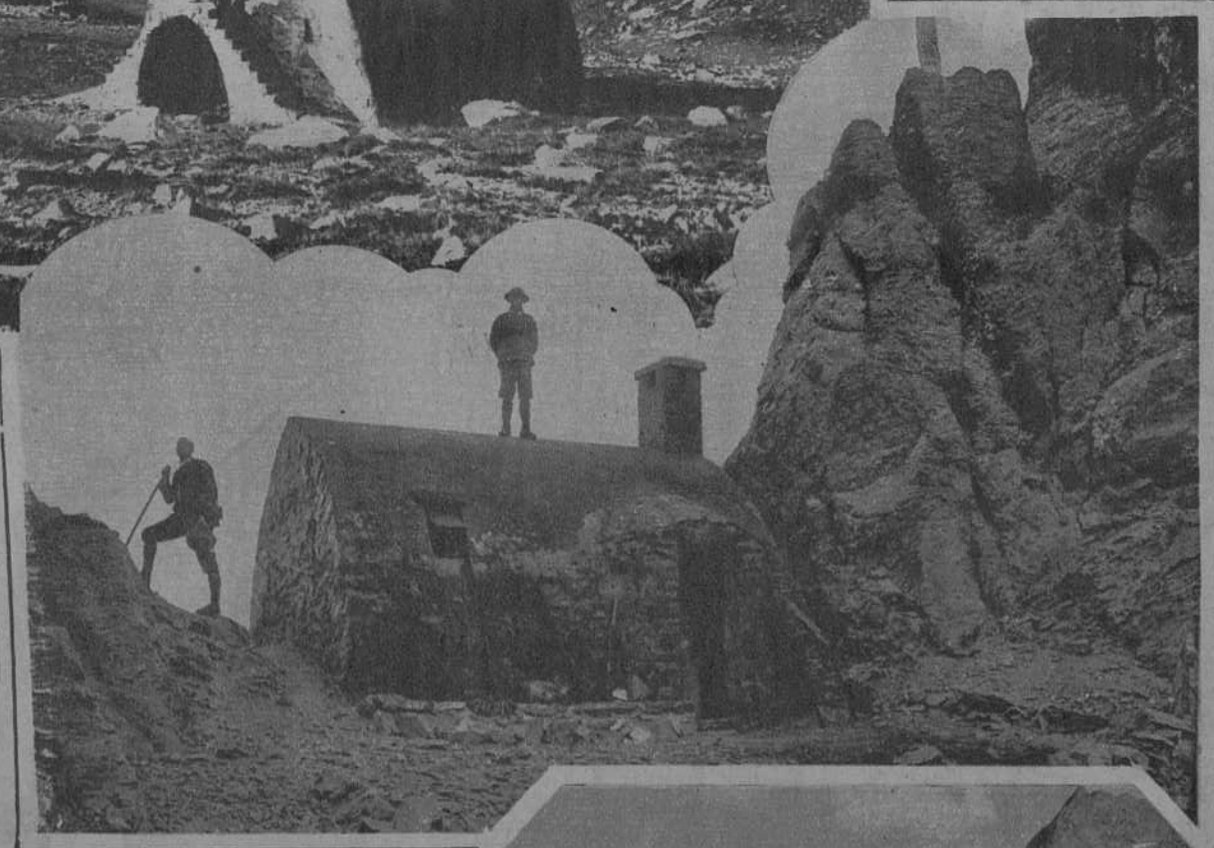
LOS REFUGIOS PIRENAICOS

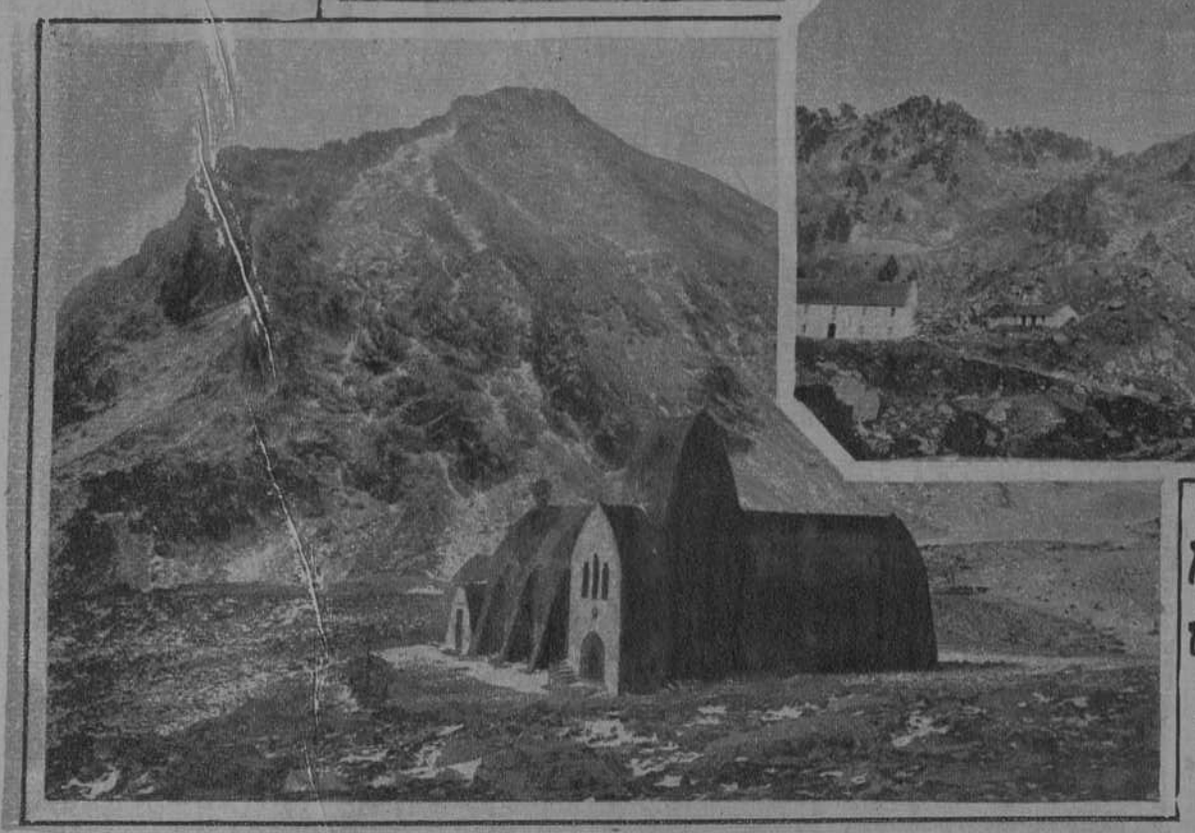
PARA ALBERGUE Y COBIJO DEL ALPINISTA, BENEMERITAS ENTIDADES HAN CONSTRUIDO REFUGIOS Y HOSPEDAJES EN LAS ALTAS CIMAS PIRENAICAS



El Refugio de Ull de Ter (Fot. Maymó)



El Refugio de Tucarroya (Fot. S.)

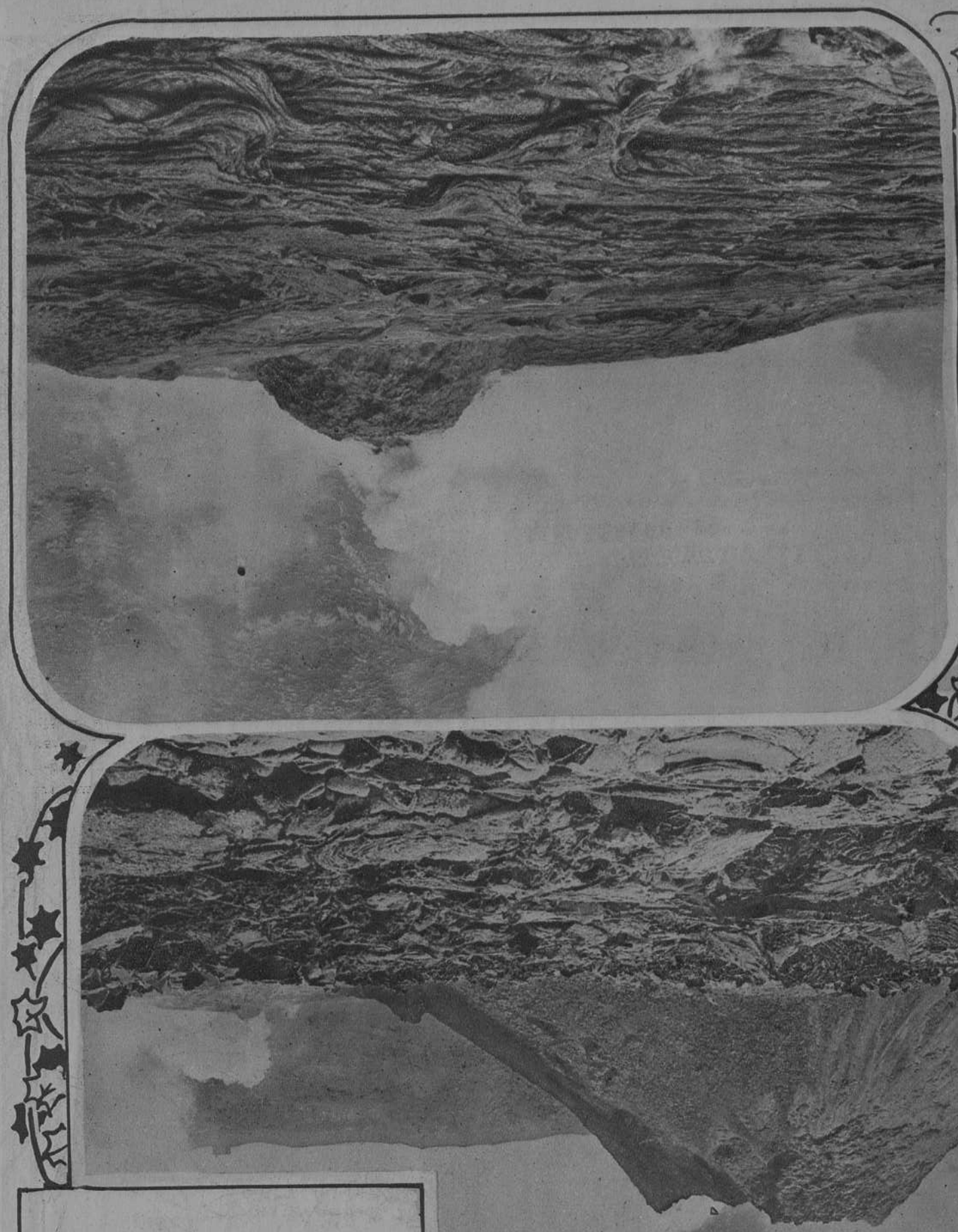


El Chalet Refugio de la Renclusa. (Fot. S.)

El Chalet de Ull de Ter (Fot. Maymó)

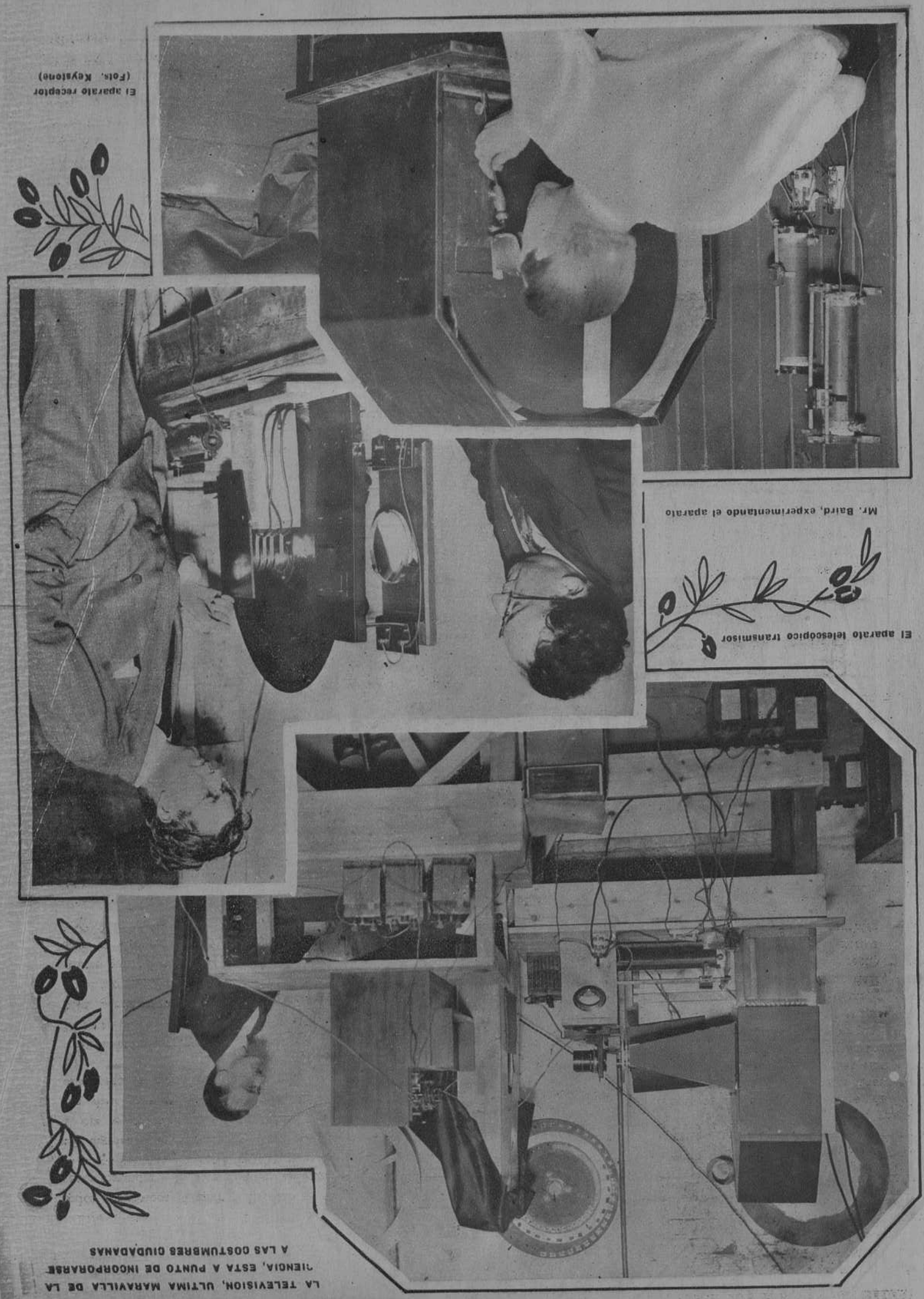
NUM -124- PAGINAS EXTRAORDINARIAS DE El Dia Gráfico AGOSTO 26-1928

El famoso «Campanile» de Venecia. (Fot. Anderson)



LA ACTUAL ERUPCION DEL VESUBIO

Atrevidamente, despreciando el evidente peligro, un fotógrafo italiano ha conseguido sorprender, en plena actividad, los cráteres que, en el cuadrante S. O. del volcán, arrojan estos días abundante lava y llamas.
(Fots. P. Pastorel)



El aparato receptor
(Fots. Keystone)

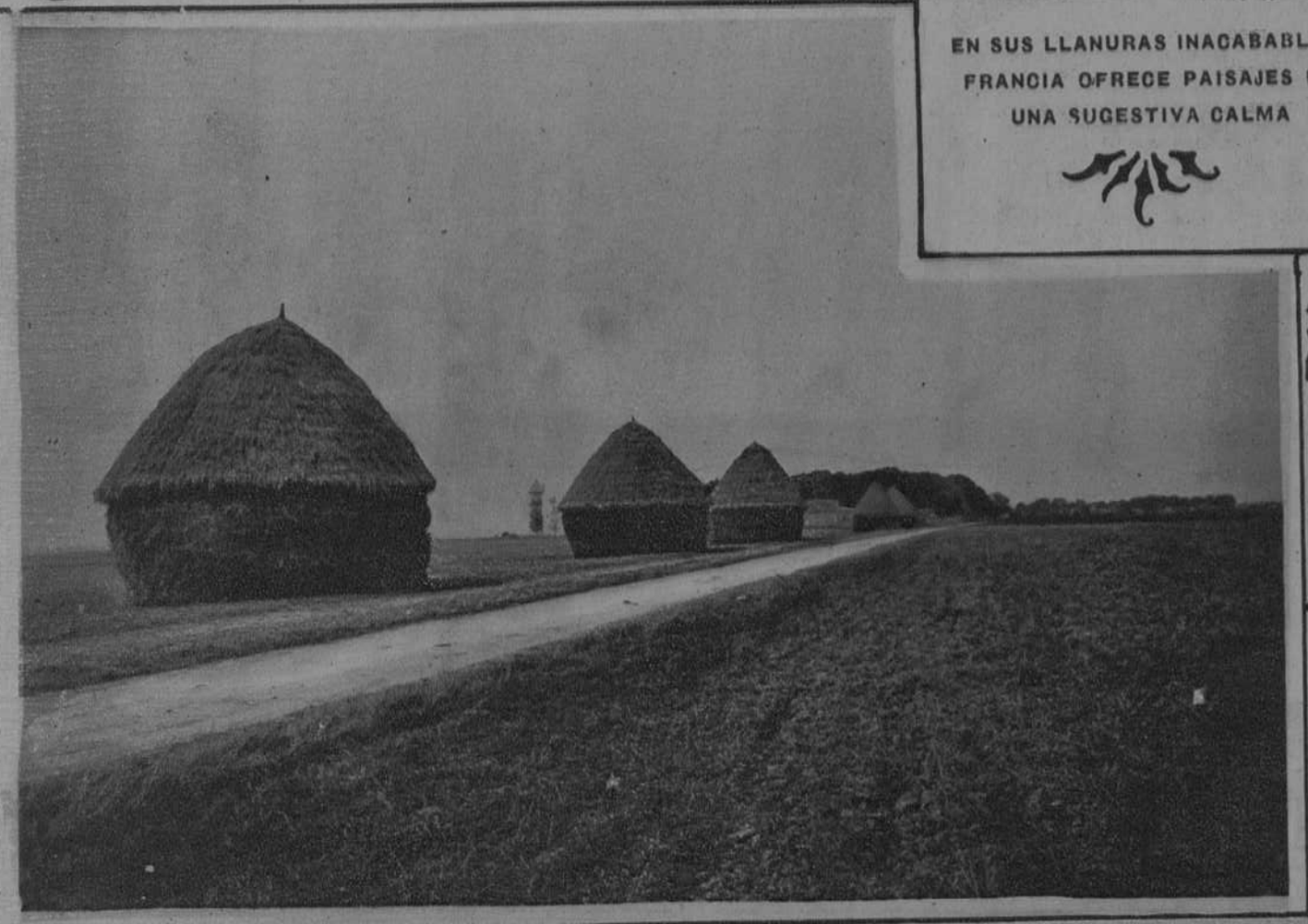
Mr. Baird, experimentando el aparato

El aparato telescópico transmisor

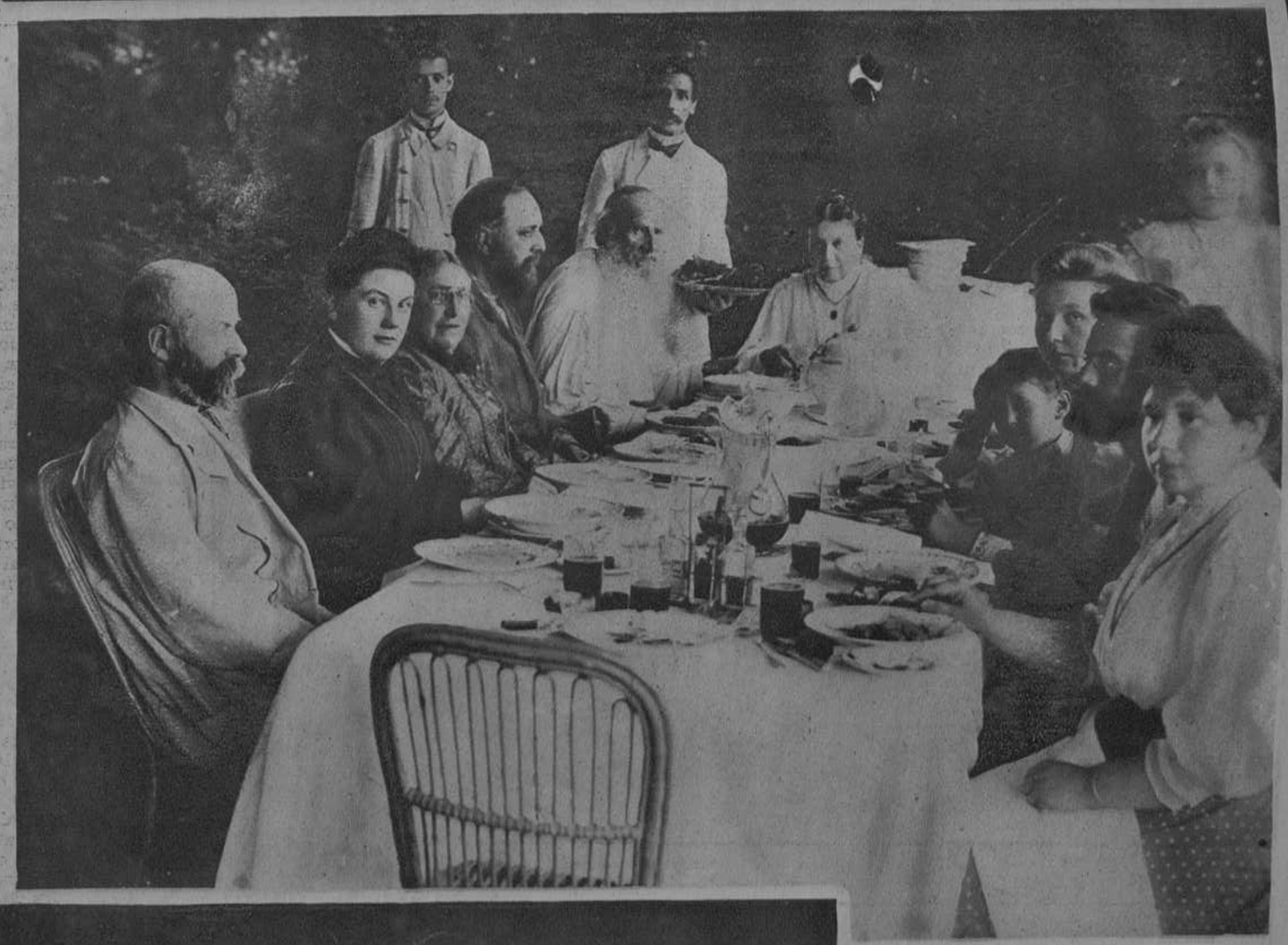
LA TELEVISION, ULTIMA MARAVILLA DE LA CIENCIA, ESTA A PUNTO DE INCORPORARSE A LAS COSTUMBRES CIUDADANAS

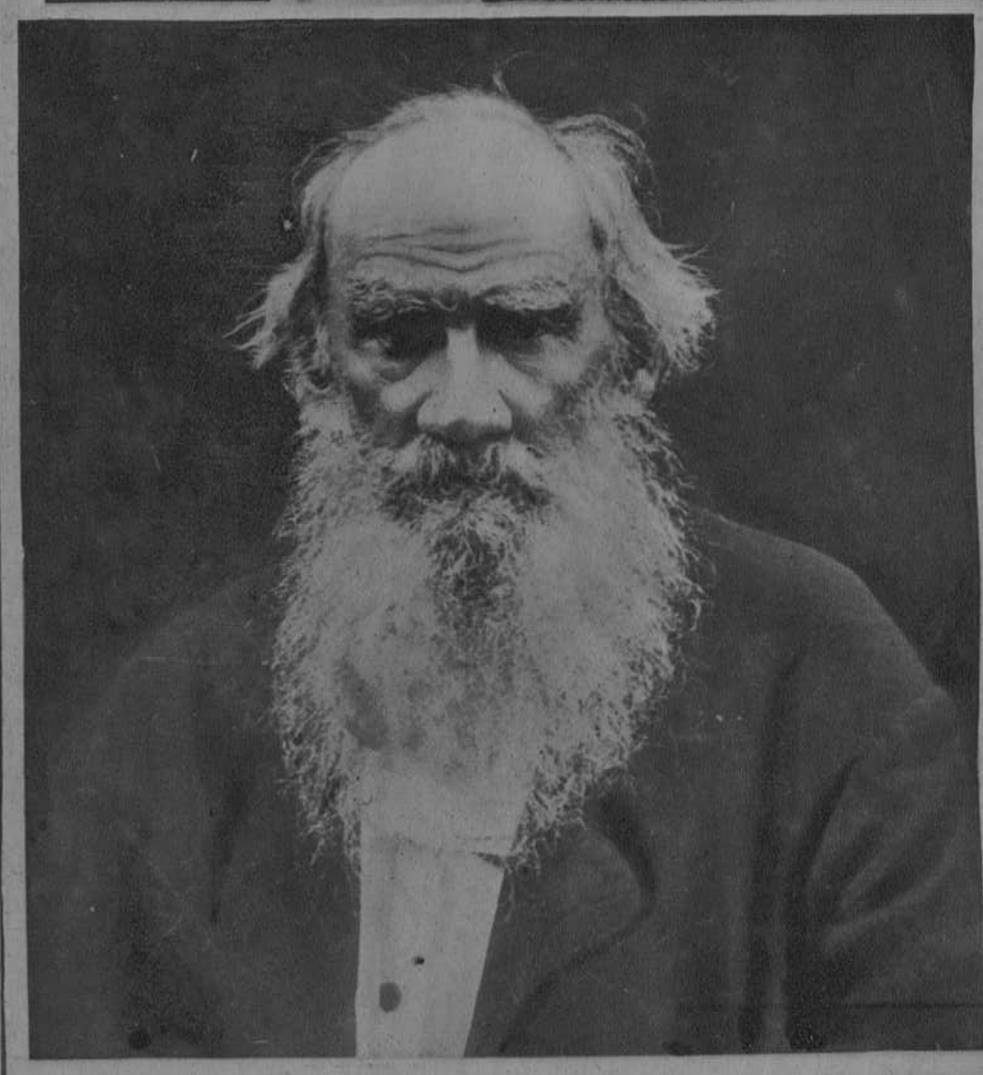
Los rebaños que surcan los campos

EN SUS LLANURAS INACABABLES, FRANCIA OFRECE PAISAJES DE UNA SUGESTIVA CALMA



Los pajares en la soledad del llano. (Fots. Consorcio)





El 9 de septiembre de 1828 nació León Tolstoi. El mundo intelectual se apresta a conmemorar la fecha de su centenario. Por ello creemos de actualidad publicar el postrer retrato del gran escritor ruso y una fotografía en la que aparece rodeado de sus deudos

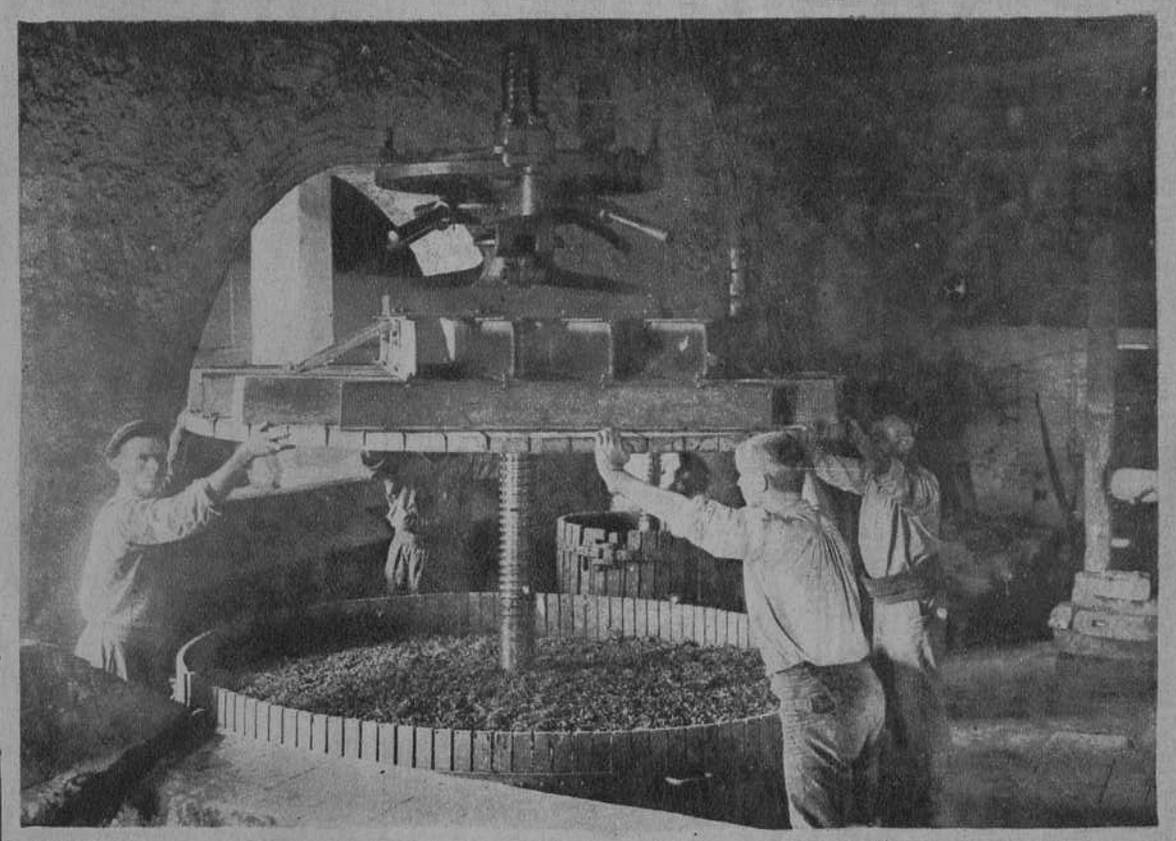
Las alegres vendimias

La vendimia en el campo de Tarragon: (Fot. Vallbé)

Una vendimiadora furtiva. (Fot. H. Manuel)

La vendimia en Burdeos (Fot. Consorcio)

Dos bellas vendimiadoras del campo de Tarragona. (Fot. Vallbé)



La uva, en las prensas, proxima a transformarse en vino. (Fot. Francart)

La fiesta de la vendimia, en Baviera. (Fot. Scherl)

El porqué de las cosas

—ooo—

¿POR QUE SE DIVIDE LA HORA EN SESENTA MINUTOS?

Difícil parece explicar la causa de que todos admitamos el minuto dividido en sesenta segundos y la hora dividida en sesenta minutos, cuando sería mucho más fácil, siguiendo el sistema decimal, dividir el día astronómico en veinte partes u horas diez para el día y diez para la noche; pero la razón de esto es muy sencilla.

En Babilonia se contaba y medía no solamente por un sistema decimal, sino también por otro sexagesimal, o lo que es igual, los babilonios lo mismo contaban por dieces que por sesentas, porque en opinión suya el sistema decimal no era del todo práctico, y porque además sustentaban la teoría de que ningún número tiene tantos divisores como el sesenta.

—En tus ojos leo que no dices la verdad.
—No lo creo.
—¿Cómo?
—Tú no puedes leer sin lentes.

POR QUE LOS MAHOMETANOS CONSIDERAN A LOS PERROS COMO ANIMALES INMUNDOS?

Realmente no existen verdaderas razones para que los mahometanos consideren inmundos a los perros. Según una tradición, Mahoma, siguiendo la ley judía, denunció a los canes como inmundos y ordenó que fueran destruídos los existentes en las casas, y según otra tradición, Mahoma dijo que cuando un perro bebe en una vasija cualquiera, debe ser lavada siete veces, la primera con tierra solamente.

Muchos viajeros dicen que es notable la sagacidad de los perros de los países orientales, porque conociendo, sin duda, por dolorosa experiencia la animosidad religiosa que hay contra ellos, tienen gran cuidado de no tocar ni acercarse al traje de ningún mahometano.

—¡No me conoces, nena?
—Sí, señor. Es usted aquel caballero que mamá dice que cuando viene nos hace comer tarde.

¿POR QUE SE MANTIENEN DERECHOS AL BAILAR UN PEON Y UNA PEONZA?

Las peonzas permanecen erguidas cuando giran, porque se hallan bajo la influencia de fuerzas opuestas que les sirven de contrapeso. Su rápida rotación da a todas sus partículas una tendencia a separarse del centro, de tal modo que si los átomos de la madera no estuvieran unidos por la atracción de cohesión se separarían en forma de círculo lo mismo que ocurre si se moja una escoba en agua y se la hace girar con rapidez. Entonces las gotas de agua se separan formando un círculo alrededor de la escoba.

Si se echa un poco de tierra, sal o polvo sobre una peonza en movimiento, las partículas de estas sustancias se alejan formando un círculo de igual modo que la harían los átomos de la madera, aunque no con la misma fuerza de éstos, porque los átomos de sal o de arena no se hallan en estado de rotación activa, sino que reciben una influencia momentánea al ponerse en contacto con el cuerpo giratorio.

Esta tendencia de separarse las partículas de un cuerpo giratorio, se denomina fuerza centrífuga.

Los movimientos de la tierra y de todos los cuerpos celestes están regidos precisamente por la misma ley que hace que permanezca derecha una peonza al girar.

—¿Te dan miedo los bueyes y comes cada día?
—¡Es que estos no están cocidos!

¿POR QUE REBOTAN LAS BALAS?

Todo lo que salta rebota en virtud de su elasticidad. Cuando decimos elasticidad queremos decir que cuando una cosa ha sido deformada por alguna causa dada, recupera ella misma su forma primitiva. Generalmente se emplea mal la palabra elástica, creyendo que sólo se puede emplear para las cosas que, como la goma, cambian de forma al estirarlas, recuperándola luego fácilmente. Pero lo interesante no es el grado de fuerza de una cosa para cambiar de forma, sino la rapidez con que ella adquiera su forma primitiva. El objeto más elástico, es, pues, el que toma más ligero su forma primitiva. Por consiguiente, aunque esto lo sorprenda, una bala de acero es mucho más elástica que una pelota de goma, pues por más imperceptible que sea su deformación al chocar con un obstáculo recupera instantáneamente su forma primitiva. Es por por esta razón que rebota también.

—¿Por qué te comiste los dulces?
—Para darle una lección a la cocinera, que se había dejado abierta la puerta de la despensa.

¿COMO SUCEDE QUE UN PLATO, CONTENIENDO AGUA, SE SEQUE DESPUES DE EXPONERLO UN TIEMPO AL AIRE?

Este fenómeno se debe, simplemente, a lo que se llama la evaporación del agua. Lo más extraordinario es que esto se produce a cualquier temperatura. Es cierto que un plato que contenga agua se secará más rápidamente un día de calor fuerte o si está colocado cerca del fuego; pero en cualquier lugar y a cualquier temperatura, el agua se evapora aunque lo haga más o menos ligero según la cantidad de agua que contenga la atmósfera. Es la humedad de la atmósfera y no la temperatura la que causa este fenómeno. A veces sucede que a cualquier temperatura, el plato no sólo no se seca, sino que los objetos secos se humedecen: en este caso, la atmósfera contiene más agua de la que necesita y deposita el sobrante en los objetos que tienen contacto con ella. Esto es lo que sucede cuando cae el rocío, y si se deja un plato con agua, no sólo no se encontrará seco, sino más mojado.

Un encuentro

Por

DOMINGO DE FUENMAYOR

Ilustraciones de BOSCH.

Era temprano aún y el comedor del hotel—hotel mundano, de gente que gusta de comer tarde, acaso por tener asegurada la comida—, estaba casi desierto.

En una mesita, Juan Cristóbal Lyvert, con su mujer; en otra, un matrimonio holandés con dos chiquillos, rubios y rosados todos, bien cebados; en otra, un caballero, solo; apenas nadie más.

El caballero, correcto en el porte, y en la figura, cometía la solemnísima incorrección de simultanear la comida con la lectura de un periódico; de un periódico sin duda muy interesante, pues que no apartaba la vista de él.

Casi les daba la espalda y esto permitía a Juna y a Olga, su mujer, observarlo... y criticarle, a su sabor.

—Va a meterse el tenedor por una oreja—observó Juan Cristóbal Lyvert, lo cual constituyó motivo de extraordinario regocijo para su mujercita.

Mujercita: esta era la palabra. Toda ella era un diminutivo. Todo en ella, hasta la edad, minúsculo. Todo, menos los ojos; ojos que, como ningunos otros de mujer, daban miedo de hermosos; por grandes, y por diáfanos, y por no se sabía que extraño sortilegio acariciador y torturante—remanso y mar bravía—oculto en el fondo lejano de sus pupilas; ojos verdi-azulados, del color de la mar cuando sobre las ondas se quiebran los rayos de la luna en plenilunio. Mirando aquellos ojos se llegaba a comprender ¿cómo los hombres se pueden matar por la mirada de una mujer.

Olga, acababa de cumplir los veintidós; justamente una ventaja de otros tantos le llevaba en el camino de la vida, su marido. Su marido felicísimo, embobado, enamorado. Su marido que la llamaría «niña» siempre y se sumiría en los deliciosos infiernos celestiales de su amor, temeroso de romper la figulina grácil, quebradiza; bibelot y no mujer. Mujer de amor cuyas uñas fuera grato que le arañaran a uno en el corazón; mujer con la que—¡ay!—, podría discutirse sobre la distinción de una determinada joya, pero no acerca del valor de una peseta.

Se reía, se reía. Y ocurría, al reirse, cual si fuesen diamantes las perlas del estuche de sus labios y produjeran tintíneos cristalinos, de diamante de agua o de joya cayendo en una taza de cristal. Y aún rió todavía de mejor gana, cuando Juan Cristóbal, el marido-padre le hizo fijarse en el gracioso suceso de que el comensal de la ahincada lectura, tenía colocado el periódico con el texto del revés, cabeza a bajo, ante los ojos.

Lo tomaron por un perturbado y al plasmar en palabras la suposición, Olga se refugió en el amparo del esposo, con un escalofrío de gatita... que tuviera la también felina elegancia, más brava, de una tigresa.

—Será un chiflado—sentenció él.

—Será—dijo ella.

Y, el mozo, en fin, les sacó de dudas:

—Es un caballero suramericano: Manuel Fuentes.

—¿Manuel Fuentes?

—Sí, señor; llegó ayer de Buenos Aires. Tiene cuatro habitaciones en el piso noveno. Pasará aquí un par de meses.

No preguntaron más. Y aun la pregunta la hicieron, admirados, al unísono. Como al unísono, casi, el comentario incrédulo:

—Pero si no puede ser...

—Pero si es imposible que sea...

Y fué. Y era. Manuel Fuentes. Todos los recuerdos de la vida en la Argentina volvían con él. ¿Tristes? ¿Gratos? ¡Bah, de todo había, como en todos los recuerdos!...

***

Lo sentaron a su mesa. Frente a ellos; o en el centro, ya que formaban, los tres un triángulo; ¿equilátero? No. También él doblaría la edad a Olga. A la pobrecita Olga refugiada más que nunca en el amparo del marido.

Y es que aquel hombre triste, daba miedo. No por serlo ahora, en verdad, sino por antes no haberlo sido.

Antes... ¿A cuántos años se remontaría ese «antes»? Pues, a pocos: a cinco o seis, nada más, que parecían muchos, muchos, por cómo la trepidante vida de ahora alarga las distancias en el tiempo. Que parecían muchos, también, por el cambio ope-

rado en aquel hombre que fué todo risa y era ahora todo melancolía..

Lo sentaron a su mesa, frente a ellos, o en el centro. Vértice en el triángulo de todos los dramas y, también, de todos los sainetes.

—Pero, ¿quieres explicarnos, chiquillo?... ¡Mira que al cabo de los años!..

Asintió él, cambiado, cambiado en melancólico. Un cambio en lo moral, en la psiquis maltrecha, que no en lo físico, todavía gallardo:

—¡Al cabo de los años!.. Verdaderamente... ¡quién lo iba a decir!..

—¿Quién iba a decis el qué?

—Todo. Y todo, sin embargo, tan natural. Tan lógico como el suceso de que nuestra sombra nos siga y sea pueril empeño el intentar escapar a su persecución.

—Hombre—bromeó Juan Cristóbal—, ¡depende de como la luz esté colocada!..

—Cierto. Puede ocurrir también que nuestra sombras nos anteceda; e incluso que seamos todo sombras... No es menos triste.

No se quería rendir el marido feliz, el marido embriagado de felicidad, a la evidencia de que un hombre anduviese dolido para siempre por el mundo, huyendo de unas tinieblas absolutas que llevaba en sí. Preguntó jovial, haciendo que las mejillas de Olga se colorearan:

—Bueno, mira, Manolito, sácanos de dudas: ¿cómo se llama esa mujer?

Turbóso un punto el preguntado, para responder, no menos triste por sereno y aplomado:

—No te equivocas. Has hecho bien en «buscar a la mujer», que no falta en esta triste historia de mis penas.

—¿Y se llama?

—Eah... se llama... eso; mujer; ¡ya es nombre suficiente!..

Olga cambió el rumbo de la charla torturante:

—Por Dios, Juan Cristóbal, ¡le estás haciendo pasar un rato a Manuel!..

—¡Es verdad!.. Perdona, chico—rogó el marido—¡te estaba «dando el te», sin darme cuenta!..

—Ferdonado, hombre, figúrate. Pero sí que podrías hablarme un poco de vosotros... Ignoraba que os hubierais casado...

—Pues va a hacer un año ya... Si creo que te lo participamos... ¿No recuerdas, nena?

—Sí, es decir... no recuerdo, la verdad. ¡Pero no es extraño, en aquellos días!..

—No, pues yo estoy seguro... Sí, mujer, ¡si tú misma escribístes el sobre!..

—¿Yo?... ¡ah, sí, es verdad!.. ¡Tengo una cabeza!..

—Pues, no la recibí. Pero eso sí que no es raro. ¡Como no paro dos días en un mismo sitio!..

—Te escribimos a tu casa de Buenos Aires.

—¡Huy, mi casa de Buenos Aires!...

—¿No vienes de allí?

—No. De Buenos Aires, sí; de mi casa, no. Aquella casa, no se volverá a abrir.

Dijo esto Manuel con un tono sombrío, de designio fatal y eterno, que puso en el ambiente una como sensación de molestia o de ahogo..

—¿Viajas mucho?—preguntó, por decir algo, por romper el inmaterial cerco que les agobiaba, Juan Cristóbal.

—Sí, ya te digo. Me dedico a huir de mí todos los días.

—Pues, aquí, sin embargo, el camarero nos ha dicho qu piensas pasar un par de meses.

—Os ha engañado. Los camareros son una plaga de estúpidos internacionales; indiscretos que se meten en lo que no les importa, para cobrar en propinas a tanto la palabra. De aquí, como de todas partes, me marcharé en seguida; mañana mismo.

—Bueno, hombre, chico, caray, no te exaltes... ¡Figúrate si me hubiera gustado pasar unos días contigo!..

Y terminó el marido sus escusas, volviendo a la chanza otra vez:

LA FELICIDAD

Siempre es oportuno recordar el cuento oriental de la joven labradora, que se creía horriblemente desgraciada y a quien un mago bienhechor entregó un cofrecito encantado.

El amable mago aseguró a su protegida una felicidad perfecta, con tal que obedeciese punto por punto sus órdenes. Las condiciones señaladas eran: primero, no abrirlo en el término de un año; segundo, llevar el cofrecito a casa de todas sus vecinas y preguntarles: «¿Eres feliz?».

La muchacha prometió obedecer a su protector, y una vez terminadas sus labores, marchaba diariamente a visitar a sus amigas y vecinas. Planteábales la indiscreta pregunta, y todas sin excepción contestaban invariablemente.

Una tenía un marido brutal; otra un hijo atacado de enfermedad; la tercera estaba en la miseria, y así todas.

Poco a poco la joven labradora fué dándose cuenta de que ella era la más dichosa.

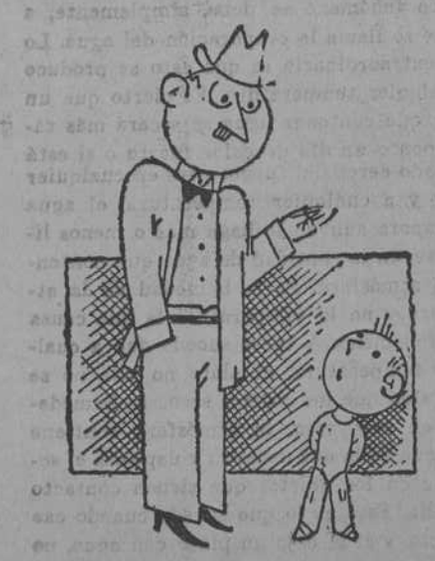
Por eso, cuando llegó el mago corrió a su encuentro, exclamando:

—Me juzgo muy feliz al lado de mis amigas: las unas son malas, otras están enfermas, otras son desgraciadas; las hay holgazanas y llenas de necesidades y abrumadas de graves preocupaciones. Gracias, sin duda, al cofrecillo, yo sola estoy tranquila y cumplo alegremente con mis deberes. Permitidme, pues, abrirlo, para ver en qué consiste la felicidad que poseo sin conocerla

Grande fué su sorpresa al abrir el cofre: ¡Estaba vacío!

Sonrió el mago, y habló así:

—La felicidad, querida niña, consiste en mirar a tu alrededor y comparar tu suerte con la de otros.



—Mira, hijo: si eres bueno esta semana, el domingo te llevaré a que me veas sacar la entrada del cinematógrafo.

—¿Cuántas hermanas tienes, María?

—Una.

—¡Qué raro! Tu hermano me ha dicho que tenía dos.

HISTORIA NATURAL

EL HALCON

Cierra el orden de las aves rapaces, la familia de las falcónidas, las «aves nobles» de los antiguos cetreros, perfectamente caracterizadas por sus formas elegantes, sus largas alas puntiagudas y su pico provisto a cada lado de una punta a modo de diente y a veces de dos.

El «neblí» es el más grande de nuestros halcones, pues llega a tener medio metro de longitud, siendo de un color ceniciento pardusco por encima y leonado claro con manchas negras por debajo.

Ave muy atrevida, y de vuelo rápido y sostenido, persigue sin descanso a los patos salvajes, las palomas, las perdices y toda clase de pájaros, lanzándose contra sus víctimas de golpe, en línea recta, con una violencia inconcebible.

El «neblí» es la especie más comunmente adiestrada para la caza en los días ya lejanos de la cetrería, noble deporte que en vano tratan de resucitar en Europa algunos entusiastas.

Los beduínos del Sahara y los grandes kaides marroquíes, todavía tienen la costumbre de cazar las liebres con halcón, al que tienen en la casa o bajo la tienda, cubierta la cabeza con el capirote, acariciándole y dándole de comer por su propia mano.

En la Edad Media se prefería para la casa, por ser más dócil y más fuerte el «Jerifalte», halcón de las regiones septentrionales, de un bello color gris pálido, casi blanco en los ejemplares procedentes de Groelandia.

En cambio, para cazar pájaros se adiestraba el «Alcotán», que es más pequeño, o el «Esmerejón», que es el menor de los halcones, pero mucho más valiente,

El halcón más común en España, es el «cernícalo», de plumaje rojizo y de unos 30 centímetros de longitud. Esta ave se encuentra en los campos abiertos, donde caza ratones, topos e insectos, saltamontes y coleópteros. También come pajarillos y hasta alguna vez devora gazapos.

Según el naturalista Collingi, el 60 por ciento de estas aves, se alimentan de animales nocivos.

Esta rapaz se habitúa a vivir en las grandes ciudades, estableciendo sus nidos en las cúpulas y torres altas, conviviendo con las palomas y los vencejos sin causarles el menor daño.

Para cazar se remonta a gran altura y desde allí explora el terreno cerniéndose, es decir, manteniéndose en un mismo punto por medio de un rápido batir de alas, cuya costumbre débese, precisamente, el nombre de «cernícalo».

B. S. N.

Siete son los errores que figuran en este dibujo. Uno de ellos, por ejemplo, consiste en que el viejecito barbudo tiene dedos en un guante y en el otro no. ¿Cuáles son los defectos restantes?

—Pero, mujer, no tengas miedo. ¿Ves como tu mamá no lo tiene?

—Es que yo estoy más cerca de su boca que tú, mamá.

PAGINAS INFANTILES

EL LADRON CASTIGADO

Eran aquellos días sensacionales en la tranquila ciudad que habitaban los animales en el tiempo en que hablaban.

Caras de asombro y de susto, cuchicheos aquí, miradas recelosas allí, desconfianza por todas partes.

Y con razón: en la apacible y honrada ciudad de los animales había aparecido un ladrón audaz. La gente se hacía cruces, y la policía, poco acostumbrada a un suceso semejante, registraba, sin ningún éxito, los rincones sospechosos.

El ladrón asaltaba los maizales y las despensas de los diversos animales. ¿Quién era? ¡El mono!. Por lo menos, esto era lo que todos decían.

Más de uno aseguraba haberle visto mientras hurtaba frutas de una despensa, en una noche obscura.

La policía tomó preso al mono. Llevado a presencia del comisario, el acusado negó

con tan vehementes protestas de inocencia y de honradez, que, como faltaban pruebas directas, no quedó más remedio que ponerlo en libertad.

El mono volvió a dedicarse al robo, en mayor escala, si bien adoptaba precauciones de ladrón experto.

Por ejemplo, ya no se aventuraba por los caminos, donde corría el riesgo de que le vieran, aun de noche, llevando el producto de sus rapiñas. Se deslizaba por la espesura del bosque vecino, y confiado en que la policía recorría, como de costumbre, los caminos.

En una de esas ocasiones, una hormiguita, que por todas partes se mete, generalmente sin ser vista, le dijo:

—¡Cuidado con la policía,don Simón!

—¡Déjame en paz, criatura! Preocúpate de ti, que yo me cuido solo.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando recibió una formidable topetada que le hizo dar una vuelta en el aire y rodar por el suelo con la bolsa de maíz que acababa de robar.

Era el comisario que se había escondido detrás de los árboles, al acecho del ladrón. Sí, señores; detrás de los árboles, pues a veces a los malos les sale mal la cuenta cuando confían en su astucia para engañar a los buenos.

No piensan que éstos pueden recurrir a la misma astucia para castigar a los malos.

EL PRINCIPE Y EL JUEZ

Enrique V fué uno de los reyes más valerosos que se sentaron en el trono de Inglaterra, pero cuando sólo era Príncipe de Gales era un joven salvaje y desenfrenado. Rodeado siempre de mala compañía, sus amigos lo inducían a cometer actos bajos y tontos que lo desprestigiaban.

En una ocasión, uno de sus amigos fué conducido, por ofensa, ante un juez. Cuando el Príncipe supo la noticia se encolerizó, y, trasladándose al palacio de justicia, habló al juez en términos ofensivos, ordenándole que pusiera al preso en libertad.

—La prisión—dijo—no es un lugar adecuado para el amigo de un príncipe. Soy el Príncipe de Gales, y le prohibo que retenga a ese hombre en la prisión como si se tratara de un ladrón vulgar.

—Príncipe o no príncipe—respondió el juez—usted no tiene derecho de hablar de ese modo a un miembro de la Justicia del Rey. Yo he jurado hacer justicia y justicia haré.

El Príncipe, cada vez más enojado, trató de poner él mismo en libertad a su amigo, pero el juez ordenó que se hiciera lo contrario.

La tranquilidad del juez aumentó más aún la ira del Príncipe, que fuera de sí le dió una bofetada en el rostro. Entonces el juez ordenó a sus soldados que prendieran al Príncipe y lo encerraran en la prisión.

—Hago esto—dijo—no porque me haya hecho daño, sino porque ha insultado el honor de la Justicia.

Y, dándose vuelta hacia el Príncipe, añadió:

—Joven, algún día será usted rey. ¿Cómo pretenderá entonces que sus súbditos obedezcan, si usted mismo ha desobedecido a las leyes del Rey?

Al oír esto el Príncipe se sintió muy avergonzado; y sin decir una palabra colocó su espada sobre la mesa, saludó al juez y se dirigió a su prisión.

Cuando el Rey, su padre, supo lo que había pasado, exclamó:

—Feliz el rey que cuenta con un juez que tan intrépidamente hace cumplir la justicia, y el que tiene un hijo que sabe someterse a ella.

Poco después de la coronación de Enrique V todo su pueblo vino a saludarlo. Numerosas personas, que sabían lo malo que había sido como príncipe, estaban ansiosas por saber cómo sería siendo rey. Sus amigos se presentaron también, no dudando de que les esperaban grandes puestos y honores. Se equivocaron. El Rey les dijo que había cambiado de costumbres, y que no les permitiría acercarse a él hasta que ellos no hicieran lo mismo. El juez vino también, temiendo que le quitaran su puesto: pero decidido a no doblarse ante él. El Rey lo recibió muy cariñosamente, agradeciéndole la lección que le había dado y rogándole continuara en su puesto.

—Si llego a tener—dijo—un hijo que se portara como lo hice yo, Dios me dé un juez, fiel e inflexible, para castigarlo.

—¡Siquiera, para que me explicaras cómo te las arreglas para leer los periódicos al revés!..

Cuando se separaron de Manuel, dijo Juan Cristóbal a su mujercita:

—Cualquiera diría que le hemos echado... ¡Valiente prójima será, a lo mejor, la que le trae así de cabeza! ¡Por que lo que es éste, no se va solo!...

—¡Quién sabe!.—pronunció Olga por único comentario.

Y ella subió, sola, a las habitaciones, mientras quedaba él en el fumador, esperando que cambiara la toaleta, para el acostumbrado paseo de las tardes.

Una doncella, tras de cerciorarse de qae «el señor» no le acompañaba, entregó una carta a la mujercita de las pupilas de abismo. Una carta de Manuel Fuentes, que decía así:

«Os ví. Por que la mirada de mis ojos —torpe ilusión, acaso—, no llamara a los tuyos y me viéras—¿para qué ya?—finji leer dándoos casi la espalda, sin fijarme en que colocaba el periódico del revés. Podrías decirlo así a tu marido. Pero dime a mí antes: ¿te hace feliz?»

No tardó Olga en contestar, por el mismo conducto, con esta sola palabra escrita en lápiz sobre el propio billete: «Sí». La s, era como una sierpe enroscada a los renglones.

Tomaron aún el te juntos, aquella tarde. El—no el marido: El—, más pálido. Pero más sereno también; y más confidencial.

—Esta mañana—disculpóse—, yo no sé si estuve, o no, incorrecto con mis secretos y con mis tristezas. Tal vez, sí. Perdonadme. Disculpadme. Figuraos el horrible dolor de haber huído durante cerca de seis años de una mujer a la que tuve que arrancar de mi pecho dejando para siempre sangrante mi corazón, y encontrarla aquí...

—¿Y a éso le llamas dolor?

—A éso, sí; porque no siendo mía, la encuentro.

Olga, era una amapola. Una temblorosa flor cuando el marido preguntó todavía:

—¿Casada?

Y salió el sol, y cantó un coro de ángeles cuando Manuel dijo:

—No. Pero no siendo de nadie, ya no es mía... porque fué de todos...

—¿Pero la quieres?

Vaciló él, para decir:

—Sí.

—Pues, entonces, tu deber es bien claro: redimirla para siempre. Marchar con ella...

—Oh, claro, sí. Claro que marcharé con ella... para siempre... Precisamente, miradla: ahí está.

Allí estaba. Era una mujer entrada en años, maquillada infelizmente y vulgar, vulgar, vulgar.

El camarero oficioso, les informó por la noche:

—¿Hace mucho tiempo que se conocen don Manuel Fuentes y esa... señorita?

—Cá, no señor lesta misma tarde se han conocido!

Y al irse el mozo, comentó Juan Cristóbal, partiéndose de risa:

—Tenía razón Manolo: este camarero es un estúpido; pero, landa que él, perdiendo la chaveta por el esperpento ése!...

—Sí, sí; es un estúpido. Es un estúpido; pero también un caballero—sentenció la mujercita frágil, de mirada de insondable abismo...

Juan Mañé y Flaquer

Este era un señor que escribía en el «Diario de Barcelona», muy retrógrado, partidario de los tiempos viejos, y enemigo declarado de toda innovación.

Tal es la idea que tiene de él todo barcelonés mal enterado e influido por las caricaturas típicas que de su tiempo corren.

No es esto, por cierto, lo que en su haber encontramos.

Nombrado en 1863, director de «La Epoca», su talento inspiró el respeto de O'Donell, el último hombre de Estado de mérito, que tuvo Isabel II, quien le hacía asistir a los Consejos de ministros, tomando en cuenta su opinión, y que a pesar de esto, y de contar con las amistades de Ríos Rosas, Posada Herrera, etc., etc., cuando cayó el ministerio de Unión Liberal, al querer infiltrar el espíritu austero y serio catalán, a la ya caduca política española, sobre todo, cuando entró a formar parte del Ministerio el jurisconsulto barcelonés don Francisco Permanyer, y el no atender más que a su conciencia, al redactar sus artículos, desdeñando los sueltos oficiosos con timbre de los Ministerios, diciendo: «El ministro manda en su Departamento, pero yo soy el director del periódico», le valió la animadversión de los centros oficiales, teniendo que volver a Barcelona.

Espíritu eminentemente liberal en el fondo, como lo demuestra el inicio de su carrera, al darse cuenta de lo mal preparado que estaba el pueblo, para digerir aquel cúmulo de libertades, que requerían su mayoridad, de lo que estaba aún muy lejos, quería imponer a la clase burguesa una idea clara de sus derechos y deberes, y a la clase obrera, inculcarle el amor a la paz, nacida del buen trato de sus amos, quitando así el terreno abonado, para los interesados a vivir a costa ajena, a quienes convenía infiltrar en el trabajador, ideales por entonces irrealizables.

No era esto hijo de un espíritu estrecho, era nacido por la conmiseración que a su espíritu, noble y práctico, arrancaba el espectáculo de su país entregado a convulsiones revolucionarias, completamente exóticas, y que nada tenían que ver con el verdadero punto de vista catalán.

Su propio criterio, bien definido lo tenía. Robustecimiento del espíritu local, dar a cada región lo que conviniera a su modo de ser, y formar un todo, no bajo el cetro de la arbitrariedad centralista, sino una unión a base de la necesidad y conveniencia mutua. Es por esto, que en 1876, es el campeón más decidido, de los fueros de Navarra y Provincias Vascongadas, poniéndose frente a frente, de su gran amigo y jefe político, Antonio Cánovas del Castillo, con una serie de artículos publicados en el «Diario de Barcelona», y en su celebrada obra «El oasis; viaje al país de los fueros». Las Diputaciones forales de las vascongadas, nombráronle hijo adoptivo de su región, regalándole un ramo del famoso árbol de Guernica, únicas cosas que quiso aceptar.

La defensa de los verdaderos principios consevadores, le obligaron a vivir desterrado en París, durante largas temporadas, huyendo de la enemistad de los últimos Gobiernos de Isabel II, lo que le dió ocasión parat ratar con las lumbreras del catolicismo, el P. Lacordaire, el conde de Montalembert, monseñor Dupanioup, el P. Faber, Augusto Nicolas, Le Play, Prevost Paradol, etc., etc., que trató íntimamente, en especial al venerable conde de Montalembert, a quien tuvo siempre por modelo en la ex-

Católico ferviente, inspirado en aquel catolicismo liberal, digámoslo así, de las eminencias del catolicismo francés, no transigió nunca con las demasías e intransigencias de los ultramontanos. No en vano al llegar a Barcelona, hacia el año 1843, había empezado su carrera de periodista fundando «El Angel Exterminador», haciendo en él una campaña violenta, con los hervores propios de la juventud, contra los absolutistas, valiéndole esto la antipatía de los intransigentes, que no le perdonaban sus principios, sacándolos a relucir cuando venía al caso. Por esto, que uno de los artículos suyos, que metieron más ruido, fué el que publicó a raíz de la muerte del obispo Urquinaona, ocurrida en 1883. Este escrito, que se titulaba «Pastor y víctima», promovió las protestas más violentas de los extremistas de la derecha, que indignados por creerse aludidos, condenaron su artículo, extremando la sátira y hasta la calumnia, de un modo poco edificante y evangélico.

¡Cómo ciega la pasión! Todos estos elementos, ya habían olvidado el eminente servicio prestado a los católicos cuando al ser llamado Alfonso XII al trono, su primer ministro, Antonio Cánovas del Castillo, aconsejó al Rey, llamase a Madrid a Mañé, para consultarle sobre la oportunidad o conveniencia de introducir en la nueva Constitución del Estado que se iba a poner a discusión de las Cortes, la «tolerancia de lica. Mañé manifestóse partidario de que el artículo II de la Constitución española debía redactarse respetando la antigua unidad, pues recordando el espectáculo reciente, que habían dado los llamados liberales, dijo: «pues dada la incultura de unos, la intolerancia de otros, el indiferentismo de muchos y la acometividad de la organización sectaria internacional, que ha contado siempre con estos, antes de 30 años, los católicos, en lugar de ser los tolerantes, serían, a duras penas los tolerados, en parte del sectarismo». Cánovas, después de la consulta, redactó el artículo II, tal como figura actualmente en nuestra Constitución. Analizando estas palabras, se ve en el fondo, un partidario de la tolerancia de cultos, pero que atendiendo al medio ambiente, no cree oportuno implantarlo.

En 1876, publicó «La revolución de 1866 juzgada por sus autores», que es una disección de las faltas cometidas por éstos.

La Restauración quiso premiar los servicios prestados, nombrándole gobernador de Barcelona, cargo que no aceptó, porque como dice muy bien Maragall: «no quiere nada, para poder juzgarlo todo».

Político de amplios horizontes, con todo, cree que en la actuación momentánea, debe limitarse a defender, de momento, lo que es oportuno, y es por eso que se hace alfonsino por no ver otra solución mejor en aquel desquiciamiento de partidos, y también se acoge a la clase burguesa, por ser el único instrumento gobernal de cierta fuerza. En medio de aquella anarquía, era preferible un Gobierno mediocre que ninguno. Quería la paz a toda costa, para poder con la base de la prosperidad material, poner en ejercicio las iniciativas individuales, ya latentes, y hacer resurgir con fuerza, el carácter de raza, y no iba del todo descaminado, la calma aparente de a principios de la Restauración, cristaliza, al fin, con la gran manifestación de 1888 primera exteriorización integral del resurgimiento catalán.

Seguramente que algún izquierdista, encontrará algo paradógico, calificar de liberal al consejero de la unidad católica, pero quien estudie los períodos de su actuación como director del «Diario de Barcelona», y se fije, especialmente en la literatura que como folletín servía a sus habituales lectores, y vea su predilección por autores como los Erckmann-Chatrian, tan propios para poner en relive la parte buena y mala de la Revolución francesa y la verdadera evolución de las ideas liberales al dar a conocer aquel eminente monseñor Dupanloup, que no rechaza lo bueno de la obra de Voltaire, aquella novela tan noblemente tendenciosa «Félix Holt, el Radical», de Jorge Elliot, aquella obra de C. Mugger «Afraja», respirando toda amor a los oprimidos, a la libertad y al progreso, su buen gusto en dar a conocer todo lo mejor de la literatura de su tiempo, Dickens, Walter Scott, Fernimore Cooper, Horacio Balzac, Federico Gerstäcker, etc., etc.

Todo esto, nos dan a conocer el espíritu amplio y elevado del que fué eminente periodista, don Juan Mañé y Flaquer, hombre íntegro, honrado en toda la extensión de la palabra, que pudiendo ocupar los más elevados cargos, no supa granjearse una posición desahogada, no tuvo ni una condecoración, ni tomó parte de ninguna Academia, viviendo con suma modestia.

Había nacido en Torredembarra (Tarragona) en 15 de octubre de 1823 y murió en 8 de julio de 1901.

Su importancia la debió sólo al mérito y al trabajo. Su padre, que había instalado un pequeño comercio en Tarragona, no pudo conseguir que éste lo continuase, pues más inclinado al estudio, prefirió ponerse de dependiente en una farmacia, esta vocación hizo también que, al establecerse en Barcelona, se prestase a sustituir a Piferrer en el «Colegio de Barcelona», en la clase de retórica, cuya asignatura había aprendido en unos cuantos días, pasando, al poco tiempo, como director del establecimiento. Sustituyó también a Piferrer en la cátedra del Instituto y en la tarea de crítico teatral del «Diario de Barcelona». En 1849, es nombrado regente agregado de la sección de literatura de la Universidad de nuestra ciudad, y en 1850, catedrático en propiedad de latín y castellano, desempeñando varias clases de la Escuela Normal.

En 1853 empezó a trabajar en la parte política del «Diario de Barcelona» hasta en 1863, que fué llamado a Madrid para encargarse de «La Epoca», volviendo a nuestra ciudad en 1865, tomando la dirección del diario citado anteriormente.

Su retrato fué colocado en la galería de catalanes ilustres, en 11 de septiembre de 1912.

JOAQUIN BAS GICH

En la paz de mi Biblioteca

DE LIBRO EN LIBRO

I

Del libro de Valentí «Las reivindicaciones femeninas» a los «Exercicis de Geografia lírica», de López Picó, se pasa sin esfuerzo. ¿La mujer, el amor y lo lírico no son como partes de un mismo todo? Sea esto dicho sin vulnerar la doctrina de Valentí referente al papel social de la mitad femenina del género humano, que no se reduce a desempeñar la función amatoria, única que por lo visto la reconocen los piropeantes castizos, altos y bajos, públicos y privados. Pero como el amor es la principal fuente de la poesía lírica, y no hay amor, para el poeta, sin mujer (aparte lo místico, que es cosa aparte) henos aquí, natural y lógicamente, en la «Geografía lírica», de López Picó.

Me guardaré muy bien de trepar a todas las cumbres comprendidas en sus «Temes», y que recorren, en alta cordillera, casi todas las literaturas de la Tierra: de la arábigo-persa a la índica, pasando por la inglesa, la francesa, la italiana, la norteamericana, la alemana, etc., etc. Pero tampoco puedo resistir a la tentación de detenerme ante algunas; aquellas por las que mayor afición siento.

La primera Camões el gran épico, que es también gran lírico. De él ha traducido López Picó el soneto número 81, magistral descripción y definición del amor, y también dificilísimo de verter en cualquier otro idioma.

Empieza de este modo:

> Amor he um fogo que arde sem se ver;
> He ferida que doe e não se sente;
> He um contentamento descontente;
> He dôr que desatina sem doer.

López Picó traduce de este modo la anterior cuarteta, y sírvame de muestra la versión de ella, ya que el soneto entero en portugués y en catalán, alargaría demasiado esta breve excursión literaria:

> Amor és flama i just el foc comença;
> ferida que fa mal sense lament;
> contentament i sense estar content;
> dolor que puny i que no desagença.

La idea está bien trasladada del portugués al catalán, y el lenguaje de la versión bien ceñido al del original, tan admirablemente expresivo.

Este es, sin duda, uno de los mejores sonetos camoneanos, y acaso fuese el mejor de no existir aquel otro (núm. XIX) dedicado a la muerte de doña Catalina de Ataíde, que no sólo aventaja a todos, pero que no es superado por ninguno en ninguna literatura:

> Alma minha gentil, que te partiste
> Tão cedo desta vida descontente,
> Repousa lá no Ceo eternamente,
> E viva eu cá na terra sempre triste.

El cual, con el que lleva el núm. XXIX (edición del Vizconde Juromenha) forma un trío que es como el Himalaya de la lírica portuguesa en este género de poesía. Daré, también, el primer cuarteto.

> Sete annos de pastor Jacob servia,
> Labão, pae de Raquel, serrana bella:
> Mas não servia ao pae, servia a ella,
> Que a ella so por premio pertendia

Seguramente agradecerían los catalanes aficionados a la buena poesía, al señor López Picó que añadiese a la traducción de aquel soneto, la de estos otros dos.

Dando a conocer en Cataluña los primores de la literatura portuguesa se hace una buena acción en varios sentidos. Sería éste un excelente empleo de las bellas dotes literarias del señor López Picó.

—He repasado la suma ocho veces, señor. Y ahí le traigo los ocho resultados obtenidos.

II

Por cierto que la Geografía, ciencia tan poco apreciada en España, parece que va penetrándonos pacíficamente. Llega un poco tarde para incorporarnos al movimiento de expansión colonial que recorrió a Europa desde las guerras napoleónicas hasta la última guerra universal. Aquélla le inició: independiente, y casi explorada, América, los europeos corrieron a explorar y explotar el Africa. La mayor facilidad de los transportes, mediante el empleo del vapor y de la electricidad, transformó esta explotación en universal. Cuando ya no hubo nuevas presas de que apoderarse, las naciones expansivas (llamémoslas así) se pelearon unas con otras. En vísperas de la pelea llamaron a España al reparto, y la dieron cierto trocito de tierra para que sirviera de almohadilla entre dos ambiciones ásperas y contradictoria. Inmediatamente vino la guerra y con ella, tras la ruina moral y material de los opresores del mundo, el fin de la expansión europea.

Este es el momento de la incorporación de España al movimiento geográfico. El retraso es grande ¿verdad? Pero sin duda debe de haber señales manifiestas de que a los españoles les interesan, finalmente, los conocimientos geográficos, cuando vemos a importantes casas editoriales acudir a satisfacerlas con cuatro monumentales obras de Geografía Universal. Tres de estas casas son barcelonesas: Gallach, Seguí, Montaner y Simón. La madrileña, es Calpe.

Ahora no se trata de Geografía lírica, sino de Geografía positiva con todo el aparato científico y la técnica gráfica que el asunto dequiere. De la de Montaner y Simón van aparecidos dos tomos: «Islas Británicas» y «Bélgica, Holanda y Luxemburgo». El autor de ambos es el sabio geógrafo francés Demangeon, y el traductor del primero el geógrafo catalán D. P. Vila.

Pero el análisis de esta obra monumental requiere capítulo aparte.

GONZALO DE REPARAZ